

## RESEÑA

## EL CARDO EN LA VOZ

Yvonne Cansigno  
Gutiérrez

Esquinca, Jorge, *El cardo en la voz*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1991, 76 pp.

**J**ORGE Esquinca es, sin duda, una figura joven que se ha consolidado en el ámbito poético con gran trascendencia.

Desde *Alianza de los reinos* (Col. Letras Mexicanas del F.C.E., 1988) donde reúne su obra anteriormente publicada en Cuarto Menguante: *La noche en blanco* (1983), y en Premiá Editora: *Las zorras y el mar* (1985); así como con su poemario *Paloma de dos diluvios* (Taller Martín Pescador, (1990), se revela ya su talento y su valiosa trayectoria literaria.

Con *El cardo en la voz* obtiene el premio de Poesía Aguascalientes 1990 (publicado por Ed. Joaquín Mortiz en 1991), y corrobora ese lugar muy especial que lo hace ser un poeta provinciano de brillante impulso lírico.

Este volumen se encuentra dividido en cuatro secciones: "Un diapasón más vasto", "El rostro sin dueño", "Rieles" y "La escritura del ciervo",

donde la temática es variada y la concepción de la vida en sus detalles más sencillos está siempre presente.

La escritura de Esquinca es una aventura donde la palabra nombra prodigiosamente cada cosa y donde la versificación intenta nuevos ritmos y borra los límites de los géneros.

Imágenes donde prosa y verso son metáforas de luz y color, con un resplendor de sonoridades y sensaciones, exaltando con sencillez cada momento vivido con la exquisitez de un estilo que nos sugiere concebir la poesía como un canto a la vida, una idea transformada en imagen, una realidad hecha objeto.

El poeta cultiva, sobre todo con este libro, el poema en prosa cuya cadencia y fluidez imprimen en cada uno de sus textos un estilo paradójicamente sencillo-complejo, que fluye con la realidad misma sin dejar de serlo, es decir, recurriendo a un juego malabar de metáforas para describir lo cotidiano

que apenas deja huella. Celebrando esa cotidianidad con la fascinación de un fino canto que rescata los momentos más intensos y profundos de cada vivencia.

Así, surge la alabanza a una bañera azul olvidada en un patio, cuyo texto escenifica el sueño divino que aguardan los pájaros en ese pozo de cielo que simboliza a la vez un cándido recuerdo que alguna vez abrigó a un niño:

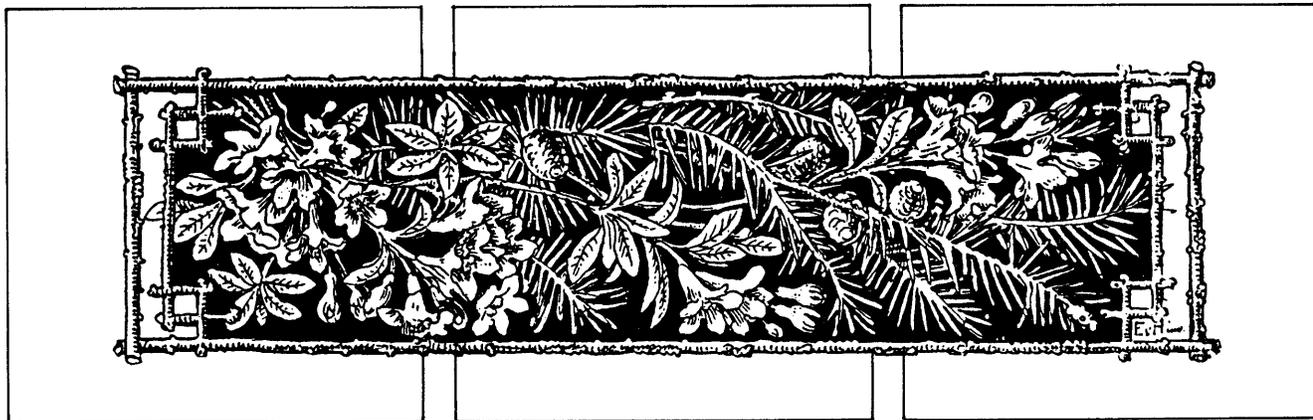
...Pero es otro el negocio de la bañera azul. En el fondo —bajo una leve capa de agua— se dicta una bitácora, se perfila un plan de vuelo. Ni una sola nube asoma en el agua serenada de la bañera, ni un solo trébol gasta en ella su añoranza. ...

(De "Ornitología", p. 11)

El significado metafórico de una naranja, donde este delicioso fruto es el personaje observador de una hábil descripción dominguera:

...Y la naranja, que ignora por igual la ceguera del cuchillo y el abanico de una pálida conversación, duerme la siesta sobre el mantel del almuerzo, donde se fragua una invasión de diminutas y coléricas hormigas.

(De "Plática de la naranja", p. 14)



Asimismo, la evocación romántica del amor se palpa en "Hortensia", cuyo desenlace triste y cruel se convierte en un divino sueño:

... Todo lo que Hortensia quiere para casarse es un temblor de camelias, una fuente nevada a orillas de Bruselas y una frase vagamente amorosa redactada al desgaire en el dorso de la tarjeta postal...

(De "Hortensia", p. 18)

La consagración de una campana aviva su imagen relacionando su presencia con el Arca de Noé:

... Y mientras Delia va dibujando un zig-zag de rápidos destellos, el tin-tan de la campana consagrada se impone sobre el bramido de los cristales y las frondas, sobre el agua que se cuele a borbotones, nos va ganando la certeza de que lo peor ha pasado...

(De "El Arca de Noé", p. 22)

La muerte se hace presente y se convierte en un reencuentro significativo entre dos seres que de algún modo la

metafísica ha de permitirles comunicarse:

Te escribo desde una almendra de sombra. No sé de que otra manera describir este país. Es tibio, obscuro, quieto... Disculpa que tampoco pueda decirte quién soy; pues todo aquello que yo era, a quien tú llamabas con un nombre, ha dejado de existir...

(De "Manuscrito hallado en la espina de una rosa", p. 28)

Es a través de la prosa poética que Esquinca logra rescatar el privilegio de cada hallazgo que trae consigo la vida.

Por otra parte, cabe señalar que el poeta integra también algunos poemas en este libro ("Girándula", "Invierno del arquero", "En el país de la sal", "Oración a la virgen de los rieles"), donde logra combinar imágenes que constituyen un sueño revelador que libera emociones y sentimientos:

En el núcleo del molino está la flama/ y el presente es una rueca de misterios/ ¿Dónde comienza dónde termina el fulgor?/ Cuando el sur es norte y el norte tus ojos/ cuando la brújula se imanta hacia oriente/ y el poniente es la casa del corazón suspenso/ ¿Dónde comienza dónde termina el fulgor?/ Hay un lazo de sangre entre el otoño y la hoja/ el vacío sostiene la armazón de la rueda/ afanada en diezmar su permanencia/ Y el viento teje una guirnalda de luces/ cuando dispersa el rostro sin dueño del mundo"

(De "Girándula", p. 35)

Es precisamente con la poesía que el poeta encuentra la forma más pura y original de entretejer la palabra y la memoria de lo cotidiano, reflejando la presencia de un ángel que busca y

contempla en cada poema un lenguaje que se vuelve sobre sí mismo con el objeto de encarnar en su propio canto.

En el poema "El cardo en la voz", el canto del poeta ruseñor trasciende impregnándolo todo, el poeta habla del amor a la vida, donde dolor y goce no se perciben como una paradoja sino como un privilegio que lo transforma todo, así termina diciendo:

Tal vez no seas tú, sino el eco, la sola voz flotando en la distancia, lejos de todo humano soporte, desasida /voz que al aire devuelve claridades, disuelta en círculos que nacen de ella y la traspasan, vibrátil/voz brotada de su propio corazón silencioso —un clima, una temperatura acaso, una estación desconocida y entrañable—, espaciosa/voz que habita y desocupa, ribera de un río sin tiberas, junco mansamente doblegado/pájaro que se funde con la flecha que lo alcanza: voz de voces, abandonada, múltiple.

(De "El cardo en la voz", p. 72)